

COOPERACION Y COMPETENCIA: RELACIONES ENTRE GRAN BRETAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS DURANTE LA GUERRA FRÍA (*)

Por JAN MELISSEN

SUMARIO

I. LA «SPECIAL RELATIONSHIP».—II. CHURCHILL Y ANGLOAMÉRICA; 1946: Año crucial; 1945-1950: Años tumultuosos.—III. ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA FRÍA.—IV. LA NUEVA BASE DE DATOS.—BIBLIOGRAFÍA.

I. LA «SPECIAL RELATIONSHIP»

El término *special relationship*, aplicado a la alianza entre Gran Bretaña y los Estados Unidos después de 1945, es prescriptivo y descriptivo, metafísica y realidad, intrascendente y casi inevitable, y al mismo tiempo correcto (1). La relación entre estos dos países anglosajones ha sido representada en la literatura existente mediante expresiones como *unique partnership*, *debatable alliance* y *ambiguous partnership*. Sin embargo, la voz «especial

(*) La bibliografía y las notas de este artículo proporcionan una escogida panorámica de la literatura más relevante que ha aparecido en los años ochenta en forma de libro o en revistas de carácter científico.

(1) RAYMOND DAWSON y RICHARD ROSECRANCE constataron: «La relación es especial en un claro sentido: la teoría de las alianzas no la explica, pero la política tiene que tenerla en cuenta» (véase «Theory and Reality in the Anglo-American Alliance», en *World Politics*, vol. 19, núm. 1, octubre 1966, pág. 51). Para una mejor y más reciente contribución sobre este tema, véase JOHN BAYLIS: «The Anglo-American Relationship and Alliance Theory», en *International Relations*, vol. 8, núm. 4, noviembre 1985, páginas 368-379.

relación», acuñada por Winston Churchill en su discurso de Fulton, en marzo de 1946, ha marcado la pauta hasta nuestros días dentro de la política retórica y la historiografía.

Esta alianza angloamericana de carácter informal suponía la existencia de dos partes interesadas, como en cada relación; sólo que en este caso en particular, Gran Bretaña era la más interesada de ambas. Una relación impecable con el aliado más poderoso se veía en Gran Bretaña, aun mucho después de 1945, como una condición esencial para obtener una cierta influencia en la política exterior norteamericana y así consolidar, en la medida de lo posible, su poder. Para los Estados Unidos, por el contrario, el Reino Unido era, en una paleta de intereses rica en matices, un aliado con el que cada vez hacía menos falta contar. En determinados aspectos, el vínculo entre las dos naciones aún puede considerarse como peculiar, por ejemplo, dentro del terreno de la *intelligence* y la cooperación en materia nuclear desde 1958. Pero ello resulta insuficiente a la hora de explicar esa obsesión recurrente por los Estados Unidos de los sucesivos gobiernos británicos en materia de política exterior (2).

(2) Para la colaboración en el terreno de la *intelligence*, véase JEFFREY T. RICHELSON y DESMOND BALL: *The Ties that Bind: Intelligence Co-operation between UK-USA Countries*, London, Allen & Unwin, 1985. El estudio más reciente sobre la cooperación nuclear en TIMOTHY J. BOTTI: *The Long Wait: The Forging of the Anglo-American Nuclear Alliance, 1945-1958*, New York, etc., Greenwood Press, 1987. En los años ochenta aparecieron una serie de libros que tratan *específicamente* sobre la relación con los Estados Unidos durante la posguerra en materia de política de seguridad: JOHN BAYLIS: *Anglo-American Defence relations, 1939-1984*, London and Basingstoke, Macmillan, 1981 (2.ª ed., 1984), un trabajo introductorio con varios apéndices útiles y una amplia bibliografía; RICHARD A. BEST, Jr.: «*Co-operation With Like-Minded Peoples*». *British Influences on American Security Policy, 1945-1949*, New York, etc., Greenwood Press, 1986 (este estudio no lo encuentro en absoluto convincente en la argumentación de sus hipótesis centrales); IAN CLARK y N. J. WHEELER: *The British Origins of Nuclear Strategy, 1945-1955*, Oxford, Clarendon, 1989 (se centra sobre todo en las ideas estratégicas británicas, pero intenta además contrastar la mentalidad británica y norteamericana); SIMON DUKE: *US Defence Bases in the United Kingdom: A Matter for Joint Decision?*, Houndmills, Basingstoke, etc., Macmillan, 1987 (el estudio de Duke se centra mayormente en el período 1945-1954). Un estudio crítico, aunque no tan bien documentado, es el de DUNCAN CAMPBELL: *The Unsinkable Aircraft Carrier: American Military Power in Britain*, London, Michael Joseph, 1984. El valioso *Britain's Nuclear Arms Control Policy in the Context of Anglo-American Relations, 1957-1968*, de J. P. G. FREEMAN, resulta algo anticuado debido al uso de literatura en gran parte desfasada (London and Basingstoke, Macmillan, 1986). JOHN SIMPSON: *The Independent Nuclear State. The United States, Britain and the military atom*, London and Basingstoke, Macmillan, 1983 (2.ª ed., 1986), presta gran atención a la consecución de la cooperación nuclear y al papel del Congreso norteamericano.

En los más de cuatro decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial esta relación especial ha producido a menudo una plusvalía emocional para Gran Bretaña, que ha influido en gran medida la toma de importantes decisiones políticas. Un observador define este fuerte vínculo con los Estados Unidos como «la sumisión intelectual impuesta por cuarenta años de dependencia en las sucesivas generaciones de políticos británicos, altos cargos militares, funcionarios y toda la clase dirigente, incluidos numerosos universitarios» (3). Hoy día parece como si la primera ministra Margaret Thatcher quisiera rivalizar con el mismísimo Winston Churchill en torno a la «especial relación» con su liturgia verbal —el complemento a su postura antieuropea—. No obstante, cabe dudar de si se trata de un vestigio del pasado y de si la tenaz resistencia de Thatcher a la reglamentación europea de carácter progresista pesará más que la necesidad de una política británica orientada más activamente hacia Europa.

Gran Bretaña fue, desde comienzos de los años setenta, una aliada norteamericana de relativa poca importancia. Dentro de la OTAN se encontraba a la sombra de una Alemania Occidental más poderosa y mucho más problemática para los Estados Unidos. Pero este hecho no quita que, justo después de la Segunda Guerra Mundial, el país desempeñase un papel determinante en el naciente conflicto Este-Oeste.

Lo más apropiado sería describir esta relación entre los Estados Unidos y el Reino Unido durante el primer quinquenio posterior a la Segunda Guerra Mundial —en el que se centra sobre todo el presente artículo— en términos de una «cooperación competitiva» (4). Los norteamericanos y los británicos, debido a su afinidad ideológica e intereses paralelos, estaban abocados a la cooperación político-militar y a los conflictos económico-financieros. No obstante, los distintos gobiernos británicos optaron de forma explícita —a diferencia de Francia, por ejemplo— por una intensa cooperación, esto es, por un papel de *junior partner*.

El concepto «especial relación» no es otra cosa que una estrategia diplomática británica, el instrumento de una gran potencia en declive que intentaba ganarse a la incipiente superpotencia de ideas afines —los Estados Unidos— para la consecución de sus propios objetivos de política exterior. «Evitar enfrentamientos en público, tratar de hacerse con influencia en privado,

(3) JAMES CABLE: «Interdependence: a drug of addiction?», en *International Affairs*, vol. 59, núm. 3, summer 1983, pág. 373. N. B.: Todas las citas del inglés que aparecen en el presente artículo son traducción propia.

(4) El término «cooperación competitiva» se debe a DAVID REYNOLDS: *The Creation of the Anglo-American Alliance, 1937-41: a study in competitive cooperation*, London, Europa, 1981.

respaldar abiertamente a los Estados Unidos y manipular en secreto. Estas son las tácticas de este tipo de política aliancista» (5). En la literatura comentada en el presente artículo se plantea, entre otras cosas, hasta qué punto dicha estrategia surtió efecto durante la guerra fría. Ya de momento se puede decir que la cooperación entre las élites políticas y diplomáticas de ambos países durante los cinco años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial tuvo un carácter único (6).

No obstante, la cooperación política y militar frente a la Unión Soviética tuvo la desventaja para los británicos de que contribuyó a una percepción incorrecta del propio poder en declive. Otros perjuicios de esta firme relación angloamericana, a menudo recordada con nostalgia en las Islas Británicas, son que aquélla se apoyó sobre todo en un pensamiento negativo —el anti-comunismo— y en una creencia en la cooperación bilateral hasta tal punto petrificada, que el presidente francés De Gaulle acabó recelando del vínculo británico con los Estados Unidos, como si del caballo de Troya en la integración europea se tratara. Para los Estados Unidos, la estrecha cooperación con una Gran Bretaña relativamente poderosa en Europa no era más que una consecuencia obvia de una importante herencia norteamericana de la Segunda Guerra Mundial: el «atlantismo».

Gran parte de la *nueva* literatura revisionista sobre la guerra fría trata de la relación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. Desde el punto de vista empírico, esta perspectiva *Oeste-Oeste* en el análisis de la guerra fría resulta enriquecedora: en el pasado, Europa ha sido tratada con demasiada frecuencia por los historiadores y politólogos contemporáneos como la «hijastra» del conflicto Este-Oeste. En el plano teórico, en contra de lo que cabría esperar, el estudio de los problemas de la política aliancista en el mundo occidental puede contribuir en gran medida a la comprensión del origen y la dinámica de la oposición Este-Oeste. Numerosas cuestiones relacionadas con la guerra fría y la carrera armamentista, que por lo general se estudian desde

(5) DAVID REYNOLDS: «A 'special relationship'? America, Britain and the international order since the Second World War», en *International Affairs*, vol. 62, núm. 1, winter 1985/6, pág. 2; véase también, del mismo autor, «Rethinking Anglo-American relations», en *International Affairs*, vol. 65, núm. 1, winter 1988/9, pág. 98.

(6) El historiador británico DONALD C. WATT trata, en su analíticamente valioso *Succeeding John Bull: America in Britain's Place, 1900-1975*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, las percepciones del papel de las elites británicas y norteamericanas. Este estudio resulta indispensable en toda bibliografía sobre Angloamérica, aunque debo darle la razón a H. C. ALLEN, que, en su crítica de este libro, afirma que la postura de Watts ante la alternancia de poder entre los dos países es *frightfully British* (véase H. C. ALLEN: «A Special Relationship?», en *The Journal of American Studies*, vol. 19, núm. 3, diciembre 1985, págs. 409-410).

una perspectiva bipolar, resultan no menos relevantes y de igual complejidad, vistas desde el ángulo de las relaciones dentro de la alianza occidental.

II. CHURCHILL Y ANGLOAMERICA

Uno de los interrogantes más importantes en la literatura sobre las relaciones angloamericanas a comienzos del conflicto Este-Oeste ha sido muy bien descrito como «¿Quién tiró de quién y cuánto?» (7). ¿Por qué aspiraba Gran Bretaña a formar un bloque estratégico con los Estados Unidos en el período comprendido entre 1943 y 1946? ¿Qué iniciativa desplegó el primer ministro Winston Churchill ante el Gobierno norteamericano para llevar a cabo esta *pax britannica-americana*? (8). Henry Butterfield Ryan responde a estas preguntas en su compacto libro a raíz del estudio de dos casos, las crisis sobre el futuro tras la posguerra de Polonia y Grecia, que él analiza dentro del marco de las relaciones angloamericanas. El título del libro, *The Vision of Anglo-America*, es un tanto pomposo, pero la elaboración de los casos resulta bastante más modesta. El autor elude, por ejemplo, la peliaguda cuestión de culpabilidad en la guerra fría.

A través de esta alianza con los Estados Unidos, en opinión de Ryan, Gran Bretaña intentaba, desde 1943, asegurar su posición a la larga, yendo así en contra de su destino de potencia de segundo rango. Una asociación de esta índole iba, según el gabinete Churchill, mucho más allá del mero derrotar conjuntamente a la Alemania nazi; no obstante, la idea de formar un poderoso bloque anglosajón contra la perceptible amenaza soviética era todavía una cuestión secundaria. Los planes del Foreign Office para la formación de un grupo europeo eran rechazados de raíz por Churchill. Para Ryan, Churchill veía su idea de Angloamérica como única garantía de subsistencia del poderío británico.

(7) NIKOLAJ PETERSEN, sobre los orígenes de la OTAN: «Who Pulled Whom and How Much? Britain, the United States and the Making of the North Atlantic Treaty», en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 11, núm. 2, summer 1982, páginas 93-114.

(8) Estudios de carácter general sobre la posición británica en la guerra fría de esta época son: TERRY H. ANDERSON: *The United States, Great Britain and the Cold War, 1944-1947*, Columbia & London, University of Missouri Press, 1981; JAMES L. GORMLY: *The Collapse of the Grand Alliance, 1945-1948*, Baton Rouge, La., Louisiana State University Press, 1987 (el libro de GORMLY se centra sobre todo en los *Councils of Foreign Ministers* en septiembre y diciembre de 1945); ROBERT M. HATHAWAY: *Ambiguous Partnership: Britain and America, 1944-1947*, New York, Columbia University Press, 1981; VICTOR ROTHWELL: *Britain and the Cold War, 1941-7*, London, Jonathan Cape, 1982.

Desde luego, el «amor» no fue mutuo desde el primer momento: el Gobierno norteamericano criticaba duramente la política colonial británica. El inescrutable presidente Roosevelt no parecía demasiado entusiasmado ante unas iniciativas aliancistas para formar un bloque angloamericano que podrían poner en peligro sus planes de cooperación trilateral. Además, no conviene olvidar que los dos países tenían una legión de conflictos económicos. Asimismo, el temor a que los americanos volvieresen al aislamiento de los años treinta rondaba como una vieja pesadilla al gobierno británico. Por este motivo, el primer ministro debía formular sus planes para la paz de la posguerra con gran cautela, sin ofender al aliado del otro lado del océano. Por último, Churchill se encontraba ante el problema casi insalvable de convencer al Gobierno norteamericano de que Gran Bretaña sería un socio poderoso y atractivo después de la guerra. Y esto mientras el país dependía en cantidades gigantescas de la ayuda militar y económica de una América cada vez más segura de sí misma (9). Ryan afirma, no obstante, que la cuestión económica implicaba también una contradicción para Roosevelt. Por un lado, un Reino Unido debilitado por la competencia económica podía poner en peligro una paz mundial que habían de garantizar los *Tres Grandes*, pero, por otro, una amplia coordinación de los intereses estratégicos británicos y estadounidenses —dirigida, como es lógico, contra Stalin— tendría idénticos resultados.

Una situación internacional que cambiaba rápidamente al finalizar la Segunda Guerra Mundial y la llegada, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, de nuevos jefes de gobierno con otras ideas sobre las posibilidades de cooperación con el mando soviético hizo que la relación entre los tres países cobrase un matiz muy distinto del que ambos jefes de Estado hubieran podido imaginar. Un punto que Ryan no toca es que los dos titanes, Roosevelt y Churchill, con sus planes para la posguerra, tuvieron una influencia bastante más limitada en el orden de la misma de lo que en principio habían pensado (10).

Durante las crisis polaca y griega, Gran Bretaña dependió en gran medida

(9) Sobre la ayuda militar y económica norteamericana, véanse ALAN P. DOBSON: *U.S. Wartime Aid to Britain, 1940-1946*, Beckenham, Croom Helm, 1986; SIR RICHARD CLARKE: *Anglo-American economic collaboration in war and peace, 1942-1949* (editado por Sir Alec Cairncross), Oxford, Clarendon, 1982; ALAN P. DOBSON: *The Politics of the Anglo-American Economic Special Relationship, 1940-1987*, Brighton, Wheatsheaf, 1988.

(10) DAVID E. KAISER recalca este aspecto en su reseña del libro de WARREN F. KIMBALL (ed.): *Churchill and Roosevelt: the complete correspondence*, 3 vols., Princeton, N. J., Princeton University Press, 1984; véase también «Roosevelt, Churchill, and the Limits of Power», en *International Security*, vol. 10, núm. 1, summer 1985, págs. 204-221.

de la aprobación y cooperación norteamericana para llevar a cabo con éxito su política exterior (11). No obstante, los británicos intentaron fraguar esta dependencia de tal modo que el Gobierno norteamericano se involucrase cada vez más en ambas crisis e hiciese suyos los objetivos políticos británicos. Desde los acuerdos de Yalta, en febrero de 1945, Gran Bretaña presionó considerablemente a los Estados Unidos sobre la cuestión polaca, y Roosevelt, pero sobre todo Truman, acabaron adoptando una actitud bastante menos benévola para con la Unión Soviética (12). Poco después de la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945, y hasta la firma de la Carta de las Naciones Unidas en San Francisco, el 26 de junio, la susceptibilidad norteamericana por el asesoramiento británico fue considerable. Truman, por aquel entonces todavía un inexperto en el terreno de la política exterior, se mostró inflexible frente a la Unión Soviética durante ese período (13).

Sin embargo, en opinión de Ryan, esto no fue más que «un algo efímero. La corriente interna cambió y los americanos ablandaron con rapidez su postura frente a los rusos. Resulta difícil, si no imposible, decir con exactitud por qué fue así» (págs. 110-111).

Por otra parte, Ryan alega razones de política interior para justificar la mayor presión ejercida por los británicos sobre el nuevo Gobierno Truman, aún sin rumbo fijo: las elecciones al Parlamento británico (julio de 1945) estaban próximas, y Churchill empezaba a preocuparse por su reputación en política interior y quizá también por su lugar en la historia. La cuestión polaca, por último, ocupaba una posición muy delicada dentro de la mitología política británica en torno al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Ryan también da cuenta del paulatino aumento de participación norte-

(11) En algunos casos, el Gobierno británico se aleja de esta norma. La más conocida de estas excepciones fue el acuerdo de porcentajes que Churchill y Stalin cerraron durante la conferencia del 9 al 17 de octubre de 1944. Las contribuciones más recientes sobre este tema son: WARREN F. KIMBALL: «Naked Reverse Right: Roosevelt, Churchill, and Eastern Europe from Tolstoy to Yalta - and a Little Beyond», en *Diplomatic History*, vol. 9, núm. 1, winter 1985, págs. 1-24; PANOS TSAKALOYANNIS: «The Moscow Puzzle», en *Journal of Contemporary History*, vol. 21, núm. 1, enero 1987, págs. 37-55; P. G. H. HOLDICH: «A Policy of Percentages? British Policy and the Balkans after the Moscow Conference of October 1944», en *International History Review*, vol. 9, núm. 1, febrero 1987, págs. 28-47.

(12) Para un gratificante artículo sobre Yalta, véase DONALD C. WATT: «Britain and the Historiography of the Yalta Conference and the Cold War», en *Diplomatic History*, vol. 13, núm. 1, winter 1989, págs. 67-98.

(13) Una biografía crítica de carácter revisionista sobre Truman puede verse en WILLIAM E. PEMBERTON: *Harry S. Truman: Fair Dealer & Cold Warrior*, Boston, Twayne Publishers, 1989.

americana en la guerra civil griega (14). Las diligencias de la diplomacia británica, que contribuyeron a la doctrina Truman del 12 de marzo de 1947, quedan desgraciadamente fuera del ámbito de este libro. Estas fueron llevadas a cabo por Ernest Bevin, más tarde ministro de Asuntos Exteriores —el Churchill del gobierno laborista (15)—. No obstante, tal y como señala Ryan en su libro, resulta interesante que la política norteamericana con respecto a Grecia, entre mediados de 1944 y finales de 1945, experimentase un giro de casi ciento ochenta grados; se pasó de una dura crítica al entrometimiento imperialista británico en este país a una ayuda en un principio sólo económica. En acertadas palabras de Ryan: «Resulta imposible calibrar el papel de Gran Bretaña en conseguir este cambio de actitud norteamericana haciendo que los Estados Unidos reconocieran sus 'responsabilidades' internacionales, del modo que las veían los altos funcionarios británicos, sobre todo porque la contribución de Gran Bretaña a este respecto fue simplemente una de tantas. Pero eso no justifica el pasar por alto dicha contribución, como la historiografía sobre la guerra fría ha hecho en tantas ocasiones» (pág. 169).

Desafortunadamente, Ryan no indica cuál era el límite —para Churchill y su sucesor Clement Attlee— de la intromisión norteamericana en el Mediterráneo oriental y en el Oriente Medio (16). Por aquel entonces esta región era, en su calidad de «cordón umbilical» con el Imperio británico, la máxima zona de influencia militar británica, aún más importante que Europa Occidental. Cualquier consideración política o crisis en esta región tenía para el Reino Unido, en primer lugar, implicaciones estratégicas. El autor no presta en absoluto atención a este hecho, lo cual es una lástima, ya que, en este

(14) A continuación véase parte de la literatura reciente sobre la crisis griega y la guerra fría en G. M. ALEXANDER: *The Prelude to the Truman Doctrine. British Policy in Greece, 1944-1947*, Oxford, Clarendon Press, 1982; BRUCE R. KUNIHOLM: *The Origins of the Cold War in the Near East. Great Power Conflict and Diplomacy in Iran, Turkey and Greece*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1980; PROCOPIUS PAPAISTRATIS: *British Policy Towards Greece During the Second World War, 1941-1944*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; LAWRENCE S. WITTNER: *American Intervention in Greece, 1943-1949*, New York, Columbia University Press, 1982.

(15) El papel de Bevin apenas si se toca en este trabajo. Para esto, véase la biografía de ALAN BULLOCKS: *Ernest Bevin. Foreign Secretary*, London, Heinemann, 1983. Junto a ésta, véase también ROBERT FRAZIER: «Did Britain Start the Cold War? Bevin and the Truman Doctrine», en *The Historical Journal*, vol. 27, núm. 3, 1984, páginas 715-727.

(16) Las dos recientes biografías de Attlee son: KENNETH HARRIS: *Attlee*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1982, y TREVOR BURRIDGE: *Clement Attlee. A Political Biography*, London, Jonathan Cape, 1985. Para distintos artículos sobre la política exterior de los gobiernos Attlee, véase RITCHIE OVENDALE (ed.): *The Foreign Policy of the British Labour Governments, 1945-1951*, Leicester, Leicester University Press, 1984.

punto, una comparación entre la política desarrollada por el gobierno de la coalición de la guerra con la del gobierno laborista a partir de 1945 —también con vistas a la posterior intervención norteamericana en el mar Mediterráneo— hubiese resultado de gran interés (17). *The Vision of Anglo-America* es, en resumidas cuentas, un estudio detenido, aunque sin grandes pretensiones.

1946: Año crucial

Desde la conferencia de Potsdam, en julio y agosto de 1945, hasta comienzos de 1946 la política exterior norteamericana frente a Gran Bretaña y la Unión Soviética se caracterizó por una actitud distante e imparcial. Esta política reticente llevó a Stalin, en opinión del historiador norteamericano Fraser J. Harbutt, a intensificar la ya desatada *guerra fría anglosoviética*. Debido a la preocupación norteamericana por el hemisferio occidental y el Lejano Oriente, la desmovilización en Europa, y a su esperanza en una cooperación trilateral, la Unión Soviética —según el autor— pudo presionar aún más a la vulnerable Gran Bretaña. Además, países fronterizos con la Unión Soviética, como Turquía e Irán, en donde Gran Bretaña había ejercido tradicionalmente una gran influencia, se sentían amenazados por viejas aspiraciones territoriales del Estado vecino, de repente más poderoso.

Mientras que las desavenencias entre los Estados Unidos y la Unión Soviética hasta comienzos de 1946 se concentraron en controversias de carácter no territorial, como la bomba atómica, las relaciones económicas o algunas cuestiones abstractas como las Naciones Unidas o fórmulas políticas para la Europa del Este, Harbutt afirma que las diferencias entre la Unión Soviética y Gran Bretaña se desarrollaron, como en los viejos tiempos, en cuestiones como la territorialidad y las zonas de influencia y tuvieron un carácter bastante más hostil. El conflicto entre la ballena y el elefante —los Estados Unidos como la mayor potencia naval del mundo y la Unión Soviética como el más potente Estado territorial— aún no había adoptado la que luego sería su forma habitual.

En opinión de Harbutt, se debe responsabilizar sobre todo a Stalin del comienzo de la guerra fría, porque su anhelo de expansión territorial y de

(17) Para los conflictos que esto provocó dentro del gobierno laborista, véanse FRANK MYERS: «Conscription and the Politics of Military Strategy in the Attlee Government», en *The Journal of Strategic Studies*, vol. 7, núm. 1, marzo 1984, páginas 55-73; RAYMOND SMITH y JOHN ZAMETICA: «The Cold Warrior: Clement Attlee Reconsidered, 1945-1947», en *International Affairs*, vol. 61, núm. 2, spring 1985, páginas 237-252; JULIAN LEWIS: *Changing Direction: British Military Planning for Postwar Strategic Defence, 1941-1947*, London, Sherwood, 1988, págs. 253-254, 258-259, 266, 271.

establecimiento de un «cordón sanitario» iba más allá de la propia Europa. Según el autor, la *guerra fría americano-soviética* desde el comienzo de 1946 provenía en gran medida de los enfrentamientos entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. El origen de este cambio brusco en la política exterior norteamericana frente a la Unión Soviética en febrero y marzo de 1946 debe buscarse, por tanto —según éste— en la cadencia de esta relación triangular. En particular, en las relaciones angloamericanas. La participación británica de Churchill —líder de la oposición conservadora después de la victoria electoral de los laboristas— ocupa un lugar central en la interpretación de Harbutt del cambio radical de rumbo de los norteamericanos a comienzos de 1946. Aquí radica, desde el punto de vista historiográfico, el mayor mérito del libro de Harbutt: la mayoría de la literatura tradicional norteamericana apenas si se adentra en la política aliancista como parte del origen de la guerra fría.

En opinión del autor, que obtuvo por este trabajo el galardón estadounidense «Stuart L. Bernath Memorial Book Award» en 1987, el giro de la política norteamericana y la posición de Churchill en la guerra fría están vinculados de una manera decisiva. La mayor parte del libro está dedicada a la argumentación de esta propuesta. El cambio relativamente brusco de la política norteamericana frente a la Unión Soviética —de una postura de «favor con favor se paga» a una actitud inflexible de «paciencia y firmeza», como el Gobierno mismo describe al principio su nueva *política de contención*— ocupa nada menos que el 40 por 100 de su análisis.

The Iron Curtain se puede leer no sólo como un estudio del origen de la guerra fría, sino también como una biografía de Churchill como principal protagonista de la *especial relación*. En el primer capítulo, de carácter informativo, el autor muestra cómo el desaforado anticomunismo de Churchill, así como su más bien patética recomendación de una «asociación fraternal» angloamericana, se remontaban ya a la Revolución rusa. La idea de que Churchill, con estos ingredientes básicos en su patrimonio de ideas políticas, contribuyese a transformar la guerra fría en un acontecimiento inevitable no resulta, pues, tan descabellada. Sin embargo, el retrato afable que Harbutt hace del héroe de guerra británico no da pie a semejante especulación.

The Iron Curtain es un libro original, con un estilo claro y cautivador, que, según cierto crítico, obliga a reconsiderar las cuestiones fundamentales de la guerra fría en mayor grado que cualquier otro estudio desde *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, de John Lewis Gaddis (18). En mi opinión, esa afirmación es un tanto exagerada. Las tesis de

(18) J. SAMUEL WALKER: «The Beginning of the Cold War: Prize-Winning Perspectives», en *Diplomatic History*, vol. 12, núm. 1, winter 1988, pág. 100; JOHN LEWIS

Harbutt antes resumidas merecen desde luego toda la atención, pero su reacción ante la historiografía bipolar sobre la guerra fría le lleva a adoptar una postura «anglocentrista». Creo, además, que este trabajo, que por otra parte lleva a cabo un minucioso análisis del papel de Churchill en la guerra fría, no siempre resulta del todo fiable como reconstrucción histórica. Harbutt simplifica con bastante frecuencia complejas relaciones políticas en una historia desenfadada, pero poco convincente. Los historiadores anglosajones tienen la envidiable reputación de escribir libros fascinantes y de agradable lectura, pero Harbutt parece que se toma demasiado al pie de la letra la consigna de «la historia es un arte».

Hay dos nombres estrechamente vinculados con el comienzo de la guerra fría: el de George Kennan, diplomático que envió a Washington el conocido «telegrama largo» el 22 de febrero de 1946, y el de Winston Churchill, que acuñó la metáfora del «telón de acero» en su discurso de Fulton, el 5 de marzo de ese mismo año. ¿Fue el telegrama de Kennan el que actuó como catalizador de la guerra fría, o el discurso de Churchill? Este interrogante divide a los distintos cronistas de la guerra fría (19).

El discurso de Churchill en Fulton, Missouri, la tierra natal de Truman, y en presencia del presidente, suponía más que un mero *hands across the sea*. El discurso, cuyos tres elementos principales eran el telón de acero, la «especial relación» y el monopolio angloamericano sobre la bomba atómica, contaba con la aprobación del jefe del Estado norteamericano en lo esencial (aunque no en la cuestión atómica). Sin duda, Truman veía esta intervención como una oportunidad de tantear la opinión pública. Sin embargo, según Harbutt, se trataba de mucho más: éste reconstruye exhaustivamente los preparativos del discurso, señalando como momento crucial el encuentro secreto

GADDIS: *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, New York and London, Columbia University Press, 1972.

(19) HARBUTT polemiza con GADDIS y sus correligionarios, quienes agrandan el papel de «Mr. X» Kennan al principio de la guerra fría y conceden mucha menos importancia a la aportación de Churchill. Véase *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, Oxford, etc., Oxford University Press, 1982, en especial págs. 3-88. El artículo de KENNAN: «The Sources of Soviet Conduct», en *Foreign Affairs*, julio 1947, ha vuelto a reimprimirse en la misma revista, vol. 65, núm. 4, spring 1987, págs. 852-868. La biografía de KENNAN, de mano de DAVID MAYERS: *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, New York, Oxford University Press, 1988. Este autor es menos proclive a alabar a Kennan que a Gaddis, que trabaja en la biografía oficial del diplomático.

El último tomo de la biografía de MARTIN GILBERT sobre Churchill, que abarca el período de 1945-1965, es *Never Despair. Winston Churchill, 1945-1965*, London, Heinemann, 1988.

entre Truman, el ministro de Asuntos Exteriores James Byrnes y Churchill el 10 de febrero de 1946. Dicha cita, según afirma Harbutt, fue el auténtico punto de partida de la transformación de la política exterior norteamericana. El conservador británico fue el alma inspiradora de este encuentro entre los tres políticos —que, según el autor, fue cuidadosamente silenciado, y resulta fácil comprender el olvido posterior de que sería objeto en sus respectivas memorias—. Su discurso constituyó más adelante el eje de la transformación de la política norteamericana frente a la Unión Soviética. Harbutt concluye: «Da la impresión de que inspiró tanto el ritmo como gran parte de la esencia del cambio de rumbo de la Administración Truman» (pág. 284).

El razonamiento que conduce a esta conclusión, de una sencillez desarmante, muestra, no obstante, ciertas lagunas y recovecos: Harbutt apenas alude, por ejemplo, a la relación entre el aparato administrativo norteamericano y el gobierno laborista. Bien es verdad que las ideas de Churchill y del ministro de Asuntos Exteriores Bevin coincidían en gran medida sobre la relación Este-Oeste, pero sugerir que Churchill tenía el «control» en la decidida política exterior laborista es pura conjetura. El autor descarta con excesiva facilidad la posible influencia del Departamento de Estado —léase Kennan— (págs. 154-155), sin olvidar que el uso frecuente de frases del tipo «No cabe la menor duda de que Truman tenía estos cálculos en mente» (pág. 164) podrían despertar en el lector la sensación de estar más próximo a la intriga. Pero ni siquiera Harbutt puede leer los pensamientos de Truman. Semejantes artificios desdibujan la frontera entre los méritos científicos y el valor literario del libro.

The Iron Curtain es un libro que, desde luego, merece la pena leer, pero las relaciones angloamericanas, desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta marzo de 1946, fueron bastante menos armoniosas de lo que aparecen en este libro. Del mismo modo que tampoco Churchill tuvo el protagonismo que el autor se empeña en concederle. Si el papel del héroe de guerra británico hubiese sido tan grande como Harbutt afirma, sería entonces posible, basándose en su propio material, tachar no sólo a Stalin, sino también al propio Churchill, de máximo responsable de la guerra fría (20).

(20) Un ensayo de carácter general de D. C. WATT sobre el papel de Churchill en la guerra fría es: «Churchill und der Kalte Krieg. Löste er ihn aus? Was unternahmer, um ihn zu beenden?», en *Schweizer Monatshefte*, vol. 61, núm. 11, noviembre 1981, págs. 1-24.

1945-1950: Años tumultuosos

Desde comienzos de los años ochenta el acceso a los archivos gubernamentales británicos sobre el período de la posguerra —factible a los treinta años, con arreglo a la «Public Records Act»— ha desatado una euforia entre los historiadores, que ha producido una abundantísima literatura sobre la política exterior del gobierno Attlee. Esto no resulta sorprendente: los años comprendidos entre 1945 y 1950 fueron angustiosos e inseguros, años que proporcionaron iniciativas creativas en el mundo occidental, como, entre otras, el Plan Marshall a mediados de 1947, el Tratado de Bruselas de 17 de marzo de 1948, la creación de la OTAN el 4 de abril de 1949 y los primeros pasos hacia la integración europea. No obstante, ésta fue también la época caótica y deslucida de las ocasiones perdidas del control internacional de armas nucleares durante el primer año de la posguerra. Fue también la época de la doctrina Truman, de la creación de la zona bipartita angloamericana en Alemania en enero de 1947 y de la paulatina división de Alemania a ambos lados de la línea del frente de la guerra fría, del golpe de Estado comunista en Praga en la primavera de 1948 y del bloqueo de Berlín desde junio de ese año (21). El inicio de la guerra de Corea, en junio de 1950, marcó los comienzos de la carrera armamentista entre el Este y el Oeste, que proporcionó a la guerra fría una perspectiva totalmente nueva y predominante (22). La relación entre el Gobierno norteamericano y su mayor aliado, Gran Bretaña, tuvo en estos cinco años un significado que fue mucho más allá de lo bilateral.

Robin Edmons, antiguo alto cargo diplomático del Ministerio británico de Asuntos Exteriores y de la *Commonwealth*, ha escrito hasta ahora la más acertada visión de conjunto sobre las relaciones angloamericanas en estos pri-

(21) Sobre el bloqueo de Berlín, véanse AVI SHLAIM: *The United States and the Berlin Blockade. A Study in crisis decision-making*, Berkeley, University of California Press, 1983; JOHN y ANN TUSA: *The Berlin Blockade*, London, Hodder and Stoughton, 1988. Este último libro también apareció bajo el título de *The Berlin Airlift*, New York, Atheneum, 1988.

(22) Véanse algunos artículos sobre las relaciones angloamericanas y la guerra de Corea: M. L. DOCKRILL: «The Foreign Office, Anglo-American relations and the Korean War, June 1950-June 1951», en *International Affairs*, vol. 62, núm. 3, summer 1986, págs. 459-476; ROSEMARY J. FOOT: «Anglo-American Relations in the Korean Crisis: The British Effort to Avert an Expanded War, December 1950-January 1951», en *Diplomatic History*, vol. 10, núm. 1, winter 1986, págs. 43-57; RA JONG-YIL: «Special Relationship at War: The Anglo-American Relationship during the Korean War», en *The Journal of Strategic Studies*, vol. 7, núm. 3, septiembre 1984, págs. 301-317.

meros años del conflicto Este-Oeste (23). *Setting the Mould: the United States & Britain, 1945-1950* contiene una meditada exposición cronológico-temática. Plantea tanto los amargos contrastes entre ambos países como su íntima cooperación a escala política. Del mismo modo, la descripción que Edmonds hace de la «alucinación nacional» de los Estados Unidos —China— y del talón de Aquiles de la política exterior británica —en Oriente Medio— resulta esclarecedora dentro del contexto de las relaciones entre ambos países. El capítulo introductorio del libro facilita brevemente los antecedentes históricos, y los dos últimos tratan sobre la continuación de las relaciones angloamericanas desde 1951 hasta la crisis de Cuba en 1962. En los capítulos restantes encontramos una poderosa síntesis de la «especial relación» entre 1945 y 1950 en no más de doscientas páginas.

Resulta llamativa la gran atención que Edmonds le presta a la relación nuclear, «la invisible piedra angular del arco», que analiza de una manera vivificante (24). Ya antes de la ratificación de la Ley de McMahon, en agosto de 1946, que casi paralizó la cooperación atómica entre ambos países, los lazos angloamericanos en materia nuclear no prometían nada bueno para el futuro. El voluntarioso Congreso norteamericano, desde un principio en contra de la proliferación de armas nucleares, no estaba al corriente de los acuerdos firmados en 1943 y 1944 sobre la cooperación en la posguerra (25). La ex-

(23) Algo menos analíticos, pero no por ello menos útiles, son: ELISABETH BARKER: *The British between the Superpowers, 1945-1950*, London and Basingstoke, Macmillan, 1983; RITCHIE OVENDALE: *The English-Speaking Alliance. Britain, the United States, the Dominions and the Cold War, 1945-1951*, London, Allen & Unwin, 1985.

(24) Este es el título revelador del capítulo séptimo. Para otras concisas descripciones de la relación atómica en este período, véase el artículo de la mano de MARGARET GOWING en el libro de LOUIS y BULL aquí comentado, y «Britain, America and the Bomb», en DAVID DILKS (ed.): *Retreat from Power. Studies in Britain's Foreign Policy in the Twentieth Century* (vol. 2, after 1939, págs. 120-137), London and Basingstoke, Macmillan, 1981. Las contribuciones de GOWING se basan ambas en su *Independence and Deterrence. Britain and Atomic Energy*, vol. 1: *Policy Making*, London and Basingstoke: Macmillan, 1974. Una reseña muy interesante de esta historiografía oficial, llevada a cabo por un influyente diplomático británico dentro del terreno de política nuclear, es LORD SHERFIELD: «Britain's Nuclear Story, 1945-52. Politics and Technology», en *The Round Table. The Commonwealth Journal of International Affairs*, vol. 65, núm. 258, abril 1975, págs. 193-204.

(25) ZARA STEINER observa con razón que las intervenciones del Congreso norteamericano en la política exterior propuesta por el poder ejecutivo tuvieron su lado negativo, pero también ejercieron en ocasiones una influencia beneficiosa en distintos terrenos. La tenacidad con que enarbolaron el principio de no proliferación es un claro ejemplo de esta positiva y a veces trascendental influencia del Congreso («Decision-making in American and British foreign policy: an open and shut case», en *Review of International Studies*, vol. 13, núm. 1, enero 1987, págs. 1-19.

perencia británica en materia de cooperación nuclear con los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial resultó ser un manual inadecuado para relacionarse con los Estados Unidos en tiempos de paz: el proceso político resultaba entonces bastante más opaco y los americanos se mostraban más inaccesibles. Aunque la aprobación por parte de Gran Bretaña del uso de la bomba atómica por los americanos en Japón, en agosto de 1945, no fuese más que una formalidad, esta *conformidad* obligatoria del Reino Unido se convirtió a finales de 1945 en un acuerdo por el que los Estados Unidos se comprometían sólo a *consultar* a Gran Bretaña. Desde comienzos de 1948 los gobiernos norteamericanos sólo estaban obligados a *informar* a sus colegas británicos del uso eventual de sus propias armas nucleares (26). Oliver Franks, el embajador británico en Washington, escribió a finales de 1948: «Toda la cuestión de nuestras relaciones con los americanos en materia de energía atómica parece estar cada vez más vinculada, en mi opinión, a otra de mayor envergadura: hasta qué punto los americanos están dispuestos a tratarnos más o menos en un plano de igualdad, como a una potencia de primer orden» (pág. 88). Esta era una observación acertada, y, según parecía, el Gobierno norteamericano no estaba dispuesto a ello. La marcha de las negociaciones nucleares con los Estados Unidos no resultó en absoluto alentadora para Gran Bretaña hasta la llegada tardía, aunque drástica, de la enmienda de la Ley de Energía Atómica en 1958. La misma facilitó una cooperación nuclear casi completa entre ambos países.

Edmonds también se detiene a considerar las consecuencias de los contactos en materia nuclear para la relación Este-Oeste. Las verdades a medias dichas por Truman a Stalin en Potsdam sobre la bomba atómica —y en ese momento apoyadas por Churchill— fueron, en opinión del autor, el más aciago comienzo imaginable de la era de armamentos nucleares. Además, para este viejo diplomático, el olvido de las iniciativas conjuntas angloamericanas para el control internacional de las armas nucleares sigue siendo un motivo de enojo. Churchill nunca había ocultado que él no le veía porvenir al asunto, y así lo subrayó una vez más en su discurso de Fulton. El Gobierno laborista también dejó que las cosas siguieran su curso con la esperanza de obtener los derechos exclusivos sobre la información nuclear norteamericana. Vista así, la cuestión sobre el control internacional de la energía atómica para fines militares tenía un importante ingrediente angloamericano (27).

(26) Para una descripción razonable de la diplomacia nuclear angloamericana en el primer año después de la guerra, véase JAMES L. GORMLY: «The Washington Declaration and the 'Poor relation': Anglo-American Atomic Diplomacy, 1945-1946», en *Diplomatic History*, vol. 8, núm. 2, spring 1984, págs. 125-143.

(27) Sobre el plan norteamericano Baruch, de junio de 1946, para el control inter-

Gran parte de la literatura sobre la «especial relación» entre 1945 y 1950 se centra en el período que va de 1947 a 1949, ya que la mayor participación británica en la «reconstrucción de Europa» tuvo lugar en estos años. Edmonds no se extiende en exceso sobre esta fase de la guerra fría. El autor presenta una visión general concisa y lúcida sobre el papel británico en la consecución del Plan Marshall y en el proceso de gestación de la OTAN —en el que la presencia de Ernest Bevin fue importante—, además de la fase inicial de la integración europea. Los británicos, en opinión de Edmonds, no eran anti-europeos, pero «los sentimientos de orgullo hacían que para la gran mayoría de los británicos resultase difícil juzgar objetivamente lo que estaba ocurriendo en la Europa Occidental entre 1948 y 1950» (pág. 190). Debido a curiosas omisiones bibliográficas, a Edmonds se le escapan algunos matices importantes en la narración de estos acontecimientos (28).

nacional de la energía atómica con fines militares, véanse LARRY G. GERBER: «The Baruch Plan and the origins of the Cold War», en *Diplomatic History*, vol. 6, núm. 1, winter 1982, págs. 69-95; JOSEPH P. BARATTA: «Was the Baruch Plan a Proposal of World Government?», en *The International History Review*, vol. 7, núm. 4, noviembre 1985, págs. 592-621.

(28) EDMONDS no hace uso alguno de la abundante literatura en revistas científicas. Además, para la descripción del papel británico en la reconstrucción de Europa y de los esfuerzos de integración, faltan en la bibliografía: ALAN S. MILWARD: *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1951*, London, Methuen, 1984, y JOHN W. YOUNG: *Britain, France and the Unity of Europe, 1945-1951*, Leicester, Leicester University Press, 1984; JAN MELISSEN, en BERT ZEEMAN: «Britain and Western Europe, 1945-51: opportunities lost?», en *International Affairs*, vol. 63, núm. 1, winter 1986/87, págs. 81-95; STUART CROFT: «British policy towards Western Europe, 1947-9: the best of possible worlds?», en *International Affairs*, vol. 64, núm. 4, autumn 1988, págs. 617-629. Los estudios más recientes sobre Gran Bretaña, los Estados Unidos y el Plan Marshall son los de MICHEL J. HOGAN: *The Marshall Plan: America, Britain and the reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; HENRY PELLING: *Britain and the Marshall Plan*, London and Basingstoke, Macmillan, 1988. Véase también PETER G. BOYLE: «Britain, America and the Transition from Economic to Military Assistance, 1948-1951», en *The Journal of Contemporary History*, vol. 22, núm. 3, julio 1987, págs. 521-537.

Para los orígenes de la OTAN, el libro de EDMONDS no contiene referencias bibliográficas a TIMOTHY P. IRELAND: *Creating the Entangling Alliance: The Origins of the North Atlantic Treaty Organization*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1981, y LAWRENCE S. KAPLAN: *The United States and NATO: The Formative Years*, Lexington, University of Kentucky Press, 1984. Los mejores artículos son: NIKOLAJ PETERSEN: *op. cit.*; CEES WIEBES y BERT ZEEMAN: «The Pentagon Negotiations March, 1948: the launching of the North Atlantic Treaty», en *International Affairs*, vol. 59, núm. 3, summer 1983, págs. 352-363; MARTIN H. FOLLY: «Breaking the Vicious Circle: Britain, the United States, and the Genesis of the North Atlantic Treaty», en *Diplomatic History*, vol. 12, núm. 1, winter 1988, págs. 59-77.

Como historiador, Edmonds no es ningún miniaturista. Muy al contrario, el autor sitúa de manera reiterada importantes decisiones políticas en un amplio marco de gestión. Así, por ejemplo, el empeño de Bevin en coordinar el Plan Marshall, justo después del discurso de Harvard del ministro de Asuntos Exteriores norteamericano el 5 de junio de 1947, lo juzga en relación con los distintos acontecimientos y decisiones gubernamentales de ese año: la decisión oficial sobre la producción independiente de la bomba atómica en enero; la promesa de independencia a la India y Pakistán y la suspensión de ayuda a Grecia y a Turquía en febrero; el malestar industrial generalizado en Gran Bretaña; el vencimiento del préstamo financiero norteamericano a principios de ese año y la devaluación de la libra el 15 de julio como condición para nuevos empréstitos (pág. 166) (29).

Edmonds considera 1950 como el año crucial de la guerra fría. Esto no gustará a muchos historiadores de este período —enzarzados en discusiones a veces muy detalladas—, pero sí a aquellos que ven la guerra fría en los cinco primeros años a partir de 1945 como la antesala de la posterior carrera armamentista. 1950 fue el año en el que el molde para la política internacional de los dos decenios siguientes adquirió su forma definitiva: Occidente, con los Estados Unidos y Gran Bretaña a la cabeza, comenzaba, en respuesta a la guerra de Corea, un rearme a gran escala; la «O» de OTAN cobraba forma; la recuperación económica de la posguerra iba viento en popa y el ministro francés de Asuntos Exteriores, Robert Schuman, presentaba, el 9 de mayo de 1950, el Plan que lleva su nombre para la integración europea y, ya de paso, para la reconciliación franco-alemana.

III. ANTES Y DESPUES DE LA GUERRA FRIA

La fascinación inglesa por América se hace patente hasta hoy día por la extensa atención editorial prestada a la relación especial con los Estados Unidos en los medios de comunicación británicos. *An Ocean Apart: the relationship between Britain and America in the twentieth century*, la sólida versión escrita de la serie documental del mismo título emitida en dos ocasiones por la BBC, es un claro exponente de este fenómeno. Esta crónica de la relación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos ha sido escrita por David Dimbleby, coordinador de programas de la BBC, y el historiador David Reynolds. La

(29) FORREST C. POGUE: *George Marshall: Statesman, 1945-1959*, New York, Viking, 1987, es el último tomo de una biografía en cuatro volúmenes sobre Marshall, cuyo primer volumen apareció en 1963.

aportación del coautor periodista se reconoce fácilmente en su estilo fluido, en las ilustraciones y en los muchos detalles y anécdotas de buen gusto que abundan en el libro. Dimbleby y Reynolds carecen de pretensiones teóricas y es una verdadera lástima que se hayan quedado un poco en los titulares de la historia. No obstante, la bibliografía, que contiene numerosas publicaciones recientes, los cuidadosos apuntes de la sección de notas y las sólidas interpretaciones son un claro testimonio de la aportación del coautor historiador. Con todo, se trata aquí de un trabajo serio que viene a sustituir a una literatura muy anticuada (30). El libro, como introducción a las relaciones anglo-americanas en este siglo, desde luego merece la pena. Justamente su carácter introductorio tiene como resultado una discusión menos exhaustiva.

El enorme alcance e intensidad de la cooperación angloamericana durante y después de la Segunda Guerra Mundial queda claro en *An Ocean Apart* por el contraste con los capítulos sobre el período de entreguerras. El antagonismo primaba por aquel entonces sobre la cooperación; la rivalidad pacífica entre las dos grandes potencias se centró sobre todo en el terreno financiero y económico. Además, tanto estos dos países como Japón estaban enzarzados en una carrera de armamentos navales. Ya a comienzos de los años treinta era imposible hablar de una relación amistosa. Debido al *crack* de la Bolsa de octubre de 1929, la rivalidad económica había alcanzado proporciones dramáticas y empezaba, en parte por la carencia de un enemigo común, a causar daños políticos. La depresión, de la que se culpaba con frecuencia a Europa, fortaleció la creencia norteamericana de que su participación en la Primera Guerra Mundial había sido un error y que en un próximo conflicto europeo debería ser evitada. El aislamiento norteamericano constituyó uno de los supuestos en los que el primer ministro Neville Chamberlain basó la política de pacificación como alternativa a la de disuasión. Justo después de la caída de Francia al principio de la Segunda Guerra Mundial, en los meses de mayo-junio de 1940, la conflictiva relación entre ambos países cobró otro carácter, con una cooperación algo titubeante al principio. Poco antes de esto, en el invierno de 1939-1940, los consejeros políticos británicos todavía consideraban la posibilidad de una alianza con Francia y no con los Estados Unidos. El origen y los éxitos cosechados por la cooperación entre los Estados Unidos y Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial constituyen el tema del primer artículo del ya mencionado Reynolds en un volumen recopilatorio de un ciclo de conferencias titulado *The «Special Relationship»: Anglo-American Relations Since, 1945*. La suya es, además, la primera de un

(30) Otro estudio de carácter general, aunque de menor importancia, sobre las relaciones angloamericanas es el de CHRISTOPHER GRAYLING y CHRIS LANGDON *Just Another Star? Anglo-American relations since, 1945*, London, Harrap, 1988.

total de veinticinco ponencias. Los artículos se dividen en cinco categorías: ensayos históricos, artículos sobre la relación angloamericana dentro del terreno de la defensa, ensayos sobre las relaciones económicas, ponencias sobre el mundo no europeo y sobre la *Commonwealth*. Una corta reseña nunca hará justicia a semejante variedad de temas.

El editor William Roger Louis escribe en el prólogo que los conferenciantes habían decidido al principio evitar el término «especial relación» porque sus muchas connotaciones podían prejuzgar la discusión. «Aun así, no podíamos deshacernos de la idea de una íntima conexión, de una 'especial relación'», escribe. «En efecto, aparecía en todas las discusiones. Se le llegó a llamar el 'fantasma', siempre presente y aun así esquivo, ridiculizado por algunos pero reconocido por todos» (pág. vii).

Los artículos de carácter histórico y las contribuciones en el terreno de defensa, en las que sobre todo me adentraré aquí, tienen un tono medio de una gran calidad. Hay dos excepciones: el trabajo algo superficial y anticuado de Richard H. Ullman sobre «America, Britain & the Soviet threat in Historical Perspective» y el artículo apologético «The Military Relationship» del almirante Sir James Eberle —él mismo producto de esa relación militar—. La introducción a 1945 podía haberse hecho mejor: se echa en falta, por ejemplo, un ensayo sobre el diseño de su relación durante la posguerra por parte de ambos Gobiernos. Asimismo, tampoco se ha prestado atención a las especulaciones sobre un nuevo orden de paz durante la posguerra bajo el liderazgo angloamericano (*sic*), ideas que se plasmaron durante la guerra a ambos lados del Atlántico en gran número de escritos. El planteamiento del libro se hubiera podido mejorar, en mi opinión, tratando la relación de ambos países frente a la integración europea, así como las consecuencias de la misma en su relación mutua. Por último, otro punto débil que llama la atención en el apartado dedicado a los territorios fuera de Europa es la insulsa contribución de ocho páginas de Sir Harold Beely sobre el Oriente Medio; este tema merecía más espacio y un mejor autor.

Bradford Perkins, en «Unequal Partners: the Truman Administration and Great Britain», impugna la idea de que la elite política británica supo ingeniárselas para influenciar sustancialmente la política exterior norteamericana. «Ningún aliado, ni tan siquiera el más próximo, podía esperar cambiar el rumbo de la política exterior norteamericana», escribe Perkins (pág. 43). Además, argumenta que el Gobierno Truman, que hizo las veces de árbitro entre la Unión Soviética y el Reino Unido en 1945, subestimó la debilidad de Gran Bretaña en ese año. De hecho, esto muestra que los británicos no estaban solos en su desfase cognoscitivo a la hora de evaluar su propia posición de poder.

El historiador militar y biógrafo oficial de Harold Macmillan, Alistair Horne, describe sobre todo los años en los que el protagonista de su biografía fue primer ministro (31). Esto fue el «veranillo de San Martín» de la *special relationship*, en palabras de Horne, en el que los lazos de amistad entre Macmillan y los presidentes Eisenhower y Kennedy —tras el fiasco de Suez bajo la presidencia de Eden— fueron de una gran importancia para el Reino Unido (32). La mejora de las relaciones se hizo patente bajo el mandato de Kennedy durante la crisis de Cuba y con la adquisición británica de los misiles «Polaris» (33). Este resurgimiento de las «cálidas» relaciones con los Estados Unidos tuvo lugar a finales de los años cincuenta, si bien en un contexto histórico de una índole muy distinta que el de la cooperación de los años cuarenta (34). Horne señala con razón que «es necesario centrar la atención en un nuevo factor triangular que iba a afectar la *special relationship* angloamericana (...), la *french connection*, emparejada al nombre de Charles de Gaulle» (pág. 88). La negativa francesa de permitir la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea en enero de 1963 y el

(31) La biografía sobre Macmillan, en dos volúmenes, escrita por ALISTAIR HORNE es: *Macmillan*, vol. I: 1894-1956, London and Basingstoke, Macmillan, 1988, y *Macmillan*, vol. II: 1957-1986, London and Basingstoke, Macmillan, 1989.

(32) Biografías sobre Eden son: DAVID CARLTON: *Anthony Eden. A Biography*, London, Allen Lane, 1981; en ROBERT RHODES JAMES: *Anthony Eden*, London, Wiedenfeld and Nicholson, 1986. Sobre el Gobierno Eden, véase RICHARD LAMB: *The Failure of the Eden Government*, London, Sidgwick and Jackson, 1987. Sobre Gran Bretaña y la crisis de Suez, véanse DAVID CARLTON: *Britain and the Suez Crisis*, London, Blackwell, 1989; W. ROGER LOUIS y ROGER OWEN (eds.): *Suez 1956. The crisis and its consequences*, Oxford, Clarendon, 1989; W. SCOTT LUCAS: «Suez the Americans, and the Overthrow of Anthony Eden», en *The LSE Quarterly*, 1, septiembre 1987, págs. 227-254; ANTHONY ADAMTHWAITE: «Suez revisited», en *International Affairs*, vol. 64, núm. 3, summer 1988, págs. 449-464. Para una reseña sobre literatura reciente en torno a Eden, véase DAVID REYNOLDS: «Eden the Diplomatist, 1951-56: Suezide of a Statesman?», en *History. The Journal of the Historical Association*, vol. 74, núm. 240, febrero 1989, págs. 64-84. Antes del breve Gobierno Eden, Churchill fue primer ministro entre 1951 y 1955. El mejor trabajo a este respecto sigue siendo ANTHONY SELDON: *Churchill's Indian Summer: The Conservative Government, 1951-1955*, London, Hodder and Stoughton, 1981. Véase también JOHN W. YOUNG (ed.): *The foreign policy of Churchill's peacetime administration, 1951-1955*, Leicester, Leicester University Press, 1988.

(33) Sobre el «Polaris», véase PETER NAILOR: *The Organization and Management of the British Polaris Project*, London, Her Majesty's Stationary Office, 1988.

(34) Las memorias de Solly Zuckerman y Denis Healy resultan interesantes para las relaciones de política de seguridad con los Estados Unidos en este período: SOLLY ZUCKERMAN: *Monkeys, Men and Missiles, 1940-1988. An Autobiography*, London, Collins, 1988, y DENIS HEALY: *The Time of My Life*, London, Michael Joseph, 1989.

anuncio de De Gaulle de la retirada de Francia de la estructura militar de la OTAN en 1966 no se pueden achacar sólo a la «hegemonía» angloamericana, aunque es cierto que la *special relationship* tuvo algo que ver.

Una de las cosas que más molestó a De Gaulle fue la discriminación en la legislación nuclear norteamericana a favor de Gran Bretaña (35). Este tema lo trata Margaret Gowing en «Nuclear Weapons and the 'special relationship'». El ensayo de Gowing es autorizado y nítido, aunque decepcionante, ya que apenas hace referencia al período posterior a 1951. La historiadora oficial del proyecto nuclear británico basa su aportación en el *Independence and Deterrence*, aparecido hace ya más de quince años. Desgraciadamente, la continuación prevista aún se hace esperar (36). Un autor del volumen recopilatorio de Louis y del (difunto) Hedley Bull, el americano Samuel F. Wells Jr., reconoce que la relación angloamericana en el terreno de defensa sigue siendo especial en determinados aspectos. Recalca, sin embargo, que «desde 1970, la relación con la República Federal de Alemania ha pasado a ser el vínculo político y militar más importante para los Estados Unidos. Aunque los intercambios cotidianos no resulten tan fáciles y familiares como con Gran Bretaña, los acuerdos norteamericanos con Alemania son el factor primordial de la política norteamericana para con Europa» (pág. 149). Este fragmento relativiza la «especial relación» con una elocuencia como en ninguna otra parte del compendio. Y tras los recientes acontecimientos tendentes a la reunificación de Alemania, ello resulta hoy evidente.

Wells sitúa a Gran Bretaña en Europa sin más. Hace un esbozo a grandes rasgos de una serie de acontecimientos importantes y dilemas políticos dentro de la OTAN. Apenas presta atención a la relación bilateral angloamericana dentro de la alianza. Su «receta» para Gran Bretaña es una política de defensa «europea» que contribuya al fortalecimiento del pilar europeo dentro de la OTAN —un consejo que data de mucho antes de la revolución centroeuropea de 1989-90—. La comparación entre el «Defence Relationships: American

(35) En un artículo revelador, RICHARD H. ULMAN afirma que desde los Gobiernos Nixon-Pompidou hasta hoy día ha tenido lugar una forma de cooperación nuclear secreta con fines militares entre los Estados Unidos y Francia. Este es sin duda uno de los secretos mejor guardados sobre las relaciones nucleares norteamericanas con los aliados europeos. En relación a esto, un detalle curioso es que los consecutivos gobiernos norteamericanos no comunicaron nada a Gran Bretaña acerca de sus contactos nucleares con Francia. RICHARD H. ULLMAN: «The Covert French Connection», en *Foreign Policy*, núm. 75, summer 1989, págs. 3-33.

(36) La historiografía oficial norteamericana de la política nuclear, incluyendo el estudio más reciente, trata ahora el período hasta 1961: RICHARD G. HEWLETT y JACK M. HOLL: *Atoms for Peace or War, 1953-1961: Eisenhower and the Atomic Energy Commission*, Berkeley, etc., University of California Press, 1989.

Perspectives», de Ernest R. May y Gregory F. Treverton, y el trabajo de Wells resulta interesante. Ellos argumentan que es un tanto acomodaticio afirmar *a posteriori* que la «especial relación» motivó que los sucesivos gobiernos británicos no se inclinasen por una política de defensa europea. Bastante más difícil es determinar —según estos dos autores— si ésta fue realmente decisiva para el modo de proceder británico.

Según May y Treverton, a pesar de la erosión de la posición de poder de Gran Bretaña, el país mantiene intacta su influencia en Washington cuando están en juego cuestiones importantes. Ello resulta evidente, por ejemplo, a raíz de la olvidada participación británica en los acontecimientos que precedieron, por un lado, al «Doble Acuerdo» de la OTAN de diciembre de 1979 y al acuerdo del suministro del misil «Trident C-4» al Gobierno británico en 1980 (que en 1982 se cambió por el acuerdo del suministro del modelo D-5), y a la cooperación entre ambas naciones durante la guerra de las islas Falklands en 1982 por otro. Los políticos y diplomáticos británicos tienen todavía, en opinión de los autores norteamericanos, acceso especial a círculos gubernamentales en los Estados Unidos. Esto se debe en parte a las ventajas de una lengua común, al valor atribuido a la prensa mutua y al hecho de que Gran Bretaña —con la excepción de Israel— sabe persuadir a «Washington» mejor que cualquier otro aliado.

Sea como fuere, la «especial relación» funcionó dentro de la política de defensa como en ningún otro campo, y un enemigo común claro resultaba hasta ahora condición indispensable para garantizar este éxito. Parece, pues, verosímil que con la guerra fría ha desaparecido también la razón principal para que el papel de Gran Bretaña sea en el futuro algo más que el de un mero puente entre los Estados Unidos y Europa. La «especial relación» es un concepto que conoció su apogeo en la Segunda Guerra Mundial y siguió subsistiendo en mayor o menor medida durante la guerra fría, pero que ahora empieza a perder su razón de ser. Esta tendencia sólo irá en aumento si los presagios no engañan y la «euroesclerosis», todavía hoy reinante en el Gobierno británico, sigue llevando las de perder en un futuro próximo. En este caso, las Islas Británicas darán un paso más en dirección a Europa.

IV. LA NUEVA BASE DE DATOS

El ensayo más desafiante e hiperbólico dentro del volumen recopilatorio de Louis y Bull, «Demythologizing the Eisenhower Era», viene de la mano de Donald Cameron Watt. El historiador británico se pronuncia con sarcasmo acerca de la autopercepción norteamericana de omnipotencia entre los conse-

jeros y políticos de los años cincuenta por él observada. Y lo que es peor aún, en opinión de un Watt que suena un tanto chovinista, el ejercicio de la historiografía en los Estados Unidos todavía está contaminado por dicha concepción errónea acerca de la omnipotencia norteamericana en aquella época. El establecer la diferencia entre la realidad y las percepciones equivocadas de los políticos británicos y norteamericanos de aquel entonces sobre las relaciones de poder entre ambos países y entre los gobiernos de los adversarios es, según Watt, la tarea más difícil y más importante que debe llevar a cabo un historiador de las relaciones internacionales. En este sentido, el autor espera mucho de la reevaluación de los años cincuenta basándose en el nuevo material de archivo disponible, que habría de corregir la labor de «esa curiosa mezcla de comentaristas retrógados, chapuceros de la política, escritores de memorias y biografías, fabricantes de mitos y sabelotodo *a posteriori*» (pág. 72) (37).

Todos los libros aquí tratados son el producto directo o indirecto de la reciente investigación de archivos. La reconstrucción de procesos políticos basándose en este procedimiento de estudio tiene numerosas posibilidades. Para poder abrir perspectivas realmente nuevas resultan imprescindibles no sólo el resumen, la reordenación y la interpretación detallada de los documentos de los archivos estatales (el estereotipo del quehacer de los historiadores de la diplomacia), sino también las generalizaciones, análisis comparativos y nuevas perspectivas teóricas (campo tradicional de los sociocientíficos). No obstante, la imagen estándar de la investigación histórica contemporánea debida a los historiadores de la diplomacia no es irreconciliable con algunas ventajas del planteamiento sociocientífico (38).

La historiografía de la guerra fría y de la carrera armamentista nuclear se beneficiaría de un uso más exhaustivo de los ficheros incluidos en los archivos de los distintos países occidentales. Gran parte de las nociones generalmente aceptadas hoy día, como, por ejemplo, la diferencia entre la doctrina y la práctica nuclear de los Estados, son producto de la exploración de dichos

(37) En 1978 —anterior a la nueva corriente de publicaciones sobre la guerra fría— Watt sorprendió ya a sus colegas con un ensayo sobre la necesidad de una reinterpretación de la historia de la guerra fría: D. C. WATT: «Rethinking the Cold War: A Letter to a British Historian», en *The Political Quarterly*, vol. 49, núm. 3, octubre 1978, págs. 446-456.

(38) GADDIS argumenta en «Expanding the Data Base. Historians, Political Scientists, and the Enrichment of Security Studies» que los dos grupos de investigadores que se ocupan de la historia de las relaciones internacionales —historiadores que hacen uso de los archivos, pero que no generalizan en sus trabajos, y politólogos que generalizan, pero que no hacen uso de los archivos— desperdician una valiosa oportunidad (*International Security*, vol. 12, núm. 1, summer 1987, págs. 3-21).

ficheros. También cabría citar aquí presidencias como la de Eisenhower, que, en el terreno de la política exterior, han sido objeto de revisiones radicales. Un fenómeno que ha alcanzado incluso al subestimado papel de Estados como Gran Bretaña en la guerra fría (39). Los nuevos conocimientos obtenidos a base de investigar los archivos internacionales aportan una visión más clara de la política internacional durante el conflicto Este-Oeste. Junto a esto, el final de la guerra fría contribuye a que sea más fácil para los historiadores contemporáneos escribir sobre ella armonizando mejor la distancia y el propio compromiso. Hasta el momento, un exceso de compromiso político había convertido a una parte considerable de la historiografía sobre la guerra fría en una prolongación del conflicto en sí.

BIBLIOGRAFIA

- BUTTERFIELD RYAN, H.: *The Vision of Anglo-America: the US-UK alliance and the emerging Cold War, 1943-1946*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, 234 páginas, index. ISBN 0-521-329280.
- HARBUTT, F. J.: *The Iron Curtain: Churchill, America and the Origins of the Cold War*, Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 1986, 370 págs., index. ISBN 0-19-503817-7.
- EDMONDS, R.: *Setting the Mould: the United States and Britain, 1945-1950*, Clarendon Press, Oxford, 1986, 349 págs., index. ISBN 0-19-821126-0.2.
- DIMBLEBY, D., y REYNOLDS, D.: *An Ocean Apart: the relationship between Britain and America in the twentieth century*, BBC Books/Hodder & Stoughton, Londres, 1988, 408 págs., index. ISBN 0-340-40666-6, ISBN 0-563-20591-1 BBC.
- ROGER, L. W., y BULL, H. (eds.): *The Special Relationship: Anglo-American relations since 1945*, Clarendon Press, Oxford, 1986, 408 págs., index. ISBN 0-19-822925-9.

(39) Algunas reinterpretaciones de Eisenhower como presidente: STEPHEN AMBROSE: *Eisenhower*, vol. II: *The President*, New York, Simon and Schurter, 1984 (la mejor biografía); ROBERT F. BURK: *Dwight D. Eisenhower: Hero and Politician*, New York, Macmillan, 1988; BLANCHE WIESEN COOK: *The Declassified Eisenhower: a divided legacy of peace and political warfare*, Garden City, N. Y., Doubleday, 1981. Un planteamiento politicológico, con un título bastante revelador sobre la confusión reinante en torno a la reputación de Eisenhower como presidente es FRED I. GRESTEIN: *The Hidden-Hand Presidency: Eisenhower as Leader*, New York, Basic Books, 1982.